

LO QUE NOS UNE

En vísperas de las elecciones presidenciales.

Septiembre de 1970

Para iluminar a los cristianos en tiempos de reflexión,
el Cardenal dirigió este profético mensaje a los chilenos.

En esta hora de seria responsabilidad, creo mi deber decir una palabra a todos los hombres y mujeres de buena voluntad en nuestra patria. Una palabra que sólo quiere iluminar las mentes, y despertar las nobles energías que todos tenemos, pero que parecen, a veces, dormir en el fondo de nuestras almas.

Estamos terminando un proceso cívico. Como tantos otros de nuestra historia, ha movilizado a todos los chilenos en torno a opciones políticas diversas, ardorosamente sustentadas. Una campaña, tal vez excesivamente larga y costosa, nos ha hecho conocer la personalidad de los programas de cada candidato, fundamentando nuestra responsable decisión de conciencia. Reconozcamos que es un lujo, un privilegio no muy común en nuestra América, poder elegir así, con esa seriedad, con esa libertad, a los representantes y servidores de un pueblo soberano.

Pero este privilegio hay que cuidarlo; este proceso hay que dignificarlo. Lo recibimos de nuestros mayores como un precioso legado, y nuestros hijos esperan que se los transmitamos intacto y enriquecido. Es un deber que no siempre cumplimos bien. La verdad y las personas no han sido siempre respetadas. Más de una vez la violencia ha cobrado víctimas, cuyas vidas nos parecen estérilmente tronchadas. Idearios políticos que aspiran, todos, a hacer más grande a Chile, nos apasionan y enceguecen a ratos, hasta hacernos olvidar que somos todos hijos de la patria chilena. Y un proceso destinado a hacernos crecer en nuestra madurez ciudadana a consolidar nuestra comunidad de tareas y de destino, amenaza desgarrarnos con la división y empeñar nuestra convivencia con una nota de amargura.

Por eso creo mi deber decir una palabra. La propongo humildemente, interpretando lo que siento o adivino, en el corazón de mis hermanos chilenos en una hora como ésta. Y es una palabra muy simple: PAZ.

Cualquiera puede decirla: PAZ. Siempre es grato y hace bien repetirla: PAZ. Pero yo quiero hoy algo más que pronunciarla: quiero invitar a conquistarla. Los meros saludos y los buenos deseos no cambian el mundo.

Los caminos

¿Cómo conquistar esa paz? Ante todo, perdiéndonos el miedo unos a otros. Y la mejor manera de perdernos el miedo es conocernos -que es ya, empezar a comprendernos-. Si los chilenos hiciéramos hoy un esfuerzo serio por conocernos, descubriríamos algo sorprendente: LO QUE NOS UNE ES MUCHO MÁS FUERTE QUE LO QUE NOS SEPARA. Todos deseamos pan, respeto y alegría. Todos somos y nos sentimos chilenos, celosos de nuestra soberanía, acostumbrados a la libertad. Todos entendemos que en nuestra mesa común no puede haber privilegiados ni marginados. Todos queremos que esta tierra de todos la disfruten todos, con los mismos derechos y las mismas oportunidades. TODOS ANHELAMOS LA PAZ. Diferimos, sí, en los caminos, en los métodos, en la velocidad para alcanzarla. Hay quienes quisieran dos aceleradores, mientras otros preferirían dos frenos. Pero todos nos sentimos en el mismo coche.

Y si es así, si al conocernos descubrimos que somos tan semejantes, tan solidarios, tan próximos, ¿por qué tanto prejuicio, por qué tanto miedo, unos de otros? ¿Será tan difícil comprender al otro?, ¿comprender que tras su lenguaje imperfecto, su conducta vacilante, sus métodos discutibles palpita el hombre sediento de justicia, el hombre que quiere amar y ser amado, respetar y ser respetado, crecer bajo un techo que resguarde su intimidad, ser padre responsable de hijos felices, crear sus propias obras, creer en un Dios que

salvará la obra de sus manos? ¿Puedo reprocharle que tenga los mismos anhelos, los mismos ideales que yo tengo? ¿Puedo negarle los mismos derechos que reclamo para mí? ¿ Puedo condenarlo porque lo sorprendo en las mis más faltas y contradicciones en que yo caigo?

¡CONOZCÁMONOS! Adentrémonos, con respeto, unos en otros, más allá de esa etiqueta o denominación política que nos separa y aleja como si fuéramos extraños. ¡Conozcámonos, para empezar a comprendernos! ¡Perdámonos el miedo unos a otros!

Eso es precisamente lo que hace tan precaria nuestra paz: que nos tenemos miedo. Nos miramos con recelo, sintiendo o creyendo que uno amenaza los derechos del otro.

Por eso nunca tendremos paz si no tenemos justicia. Sí: la paz es obra y fruto de la justicia, y la justicia consiste en amar los derechos de los otros, tal como ama uno sus propios derechos.

Justicia es respeto

¿Cuántas veces NO AMAMOS, SINO TEMEMOS LOS DERECHOS DE LOS OTROS? Seamos sinceros: ¡cuánto nos duele, cuando los otros golpean a nuestra puerta y hacen valer sus reivindicaciones; cuando exigen su derecho a la tierra, su derecho a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, al salario equitativo, a la información veraz, a la agremiación, a la huelga, a la seguridad social, al descanso, a elegir en conciencia su camino y su fe! Una oscura y poderosa dinámica trabaja en nuestro corazón: LA DINÁMICA DEL EGOÍSMO. El egoísmo no es más ni menos que eso: TEMER LOS DERECHOS DE LOS OTROS. Actuar como si sólo se pudiera ser feliz postergando los derechos, acallando las reivindicaciones de los demás. El egoísmo violenta la justicia, deshace el equilibrio en las relaciones humanas y así hace imposible la paz. El egoísmo es ya una forma de violencia que genera espontáneamente una contraviolencia. Por eso no habrá paz allí donde no haya justicia, y no habrá justicia sin una educación sistemática a amar los derechos de los otros.

La violencia

Algunos sienten miedo; muchos sienten la paz amenazada. No descarguemos toda la culpa en los profesionales de la violencia: nosotros también lo somos, en la medida en que dejamos que domine nuestro corazón la dinámica del egoísmo. No nos contentemos con repudiar, de tiempo en tiempo, el robo, el insulto, el secuestro, el asesinato como crímenes nefastos. Ciertamente lo son, y quienes los cometen serán destruidos de la misma manera. Pero erradiquemos, también, la violencia previa del egoísmo, que retiene celosamente lo que pertenece al otro y más de una vez estimula su propia violencia. Decidámonos de una vez y en serio por la justicia. Descubriremos, sorprendidos, que NUNCA NUESTROS DERECHOS ESTÁN MEJOR GARANTIDOS QUE CUANDO AMAMOS LOS DERECHOS DE LOS OTROS.

Estamos en el umbral de una decisión ciudadana. En pocas horas más culminará un proceso largamente esperado, arduamente debatido. Nadie sabe, en estos momentos, cuál será el veredicto popular. Pero hay algo de lo que podemos estar ciertos los que como ciudadanos y Pastores vi-vimos auscultando el corazón de nuestro pueblo: NUESTRO PUEBLO DESEA LA PAZ Y NUESTRO PUEBLO SABE QUE LA PAZ ES UN FRUTO DE LA JUSTICIA. Es un quehacer DE TODOS. Es un quehacer PERMANENTE. El candidato elegido no podrá ni más ni menos que ser intérprete, coordinador de este anhelo y tarea que viene desde el pueblo y necesita del pueblo mismo como su principal protagonista e insustituible ejecutor.

Ese es el camino recto y sano para construir la paz; el camino, también, deseado por la casi totalidad de los Chilenos. De esa abrumadora mayoría depende que el proceso electoral se oriente en esa sola dirección. A ellos les corresponde hacer moralmente imposible el insulto torpe, la provocación inútil, la acusación irresponsable, la alarma ficticia e interesada, el rumor manipulado, la burla hiriente de los que no saben ganar, el rencor violento de los que no saben perder, armas bajas que nada tienen que hacer en un limpio

pronunciamiento ciudadano. Chile lo necesita. Ningún candidato quiere votos arrebatados con ellas; nadie quiere ser Presidente de un Chile desgarrado por el odio, cabeza de un cuerpo al que le han robado el alma. El alma nacional es demasiado preciosa. Alma entretejida en mil sacrificios; alma de convivir respetuoso, realista, sensato; alma que en todo momento sabe, también, sonreír, esperar, perdonar y amar.

Sí: no tenemos por qué ser extraños ni enemigos los que caminamos juntos el mismo camino. No tenemos por qué odiarnos los que sólo tenemos vocación y tiempo para amarnos.

Mis agradecimientos a ustedes por permitirme decirle, a la patria que amo, esta palabra tan simple, tan tranquila, tan bienhechora, tan deseada: PAZ.

Santiago, Septiembre de 1970.